

no seré ni menos liberal, ni menos caritativo. Soy vuestro Dios, á vosotros os toca adorar mi conducta, y apreciar los favores que hago á otros; si vuestros ojos no pueden sufrir la luz, sepultadlos en las tinieblas. En efecto, así lo hace el envidioso; oigamos á San Gregorio: Afligirse del bien de otro, ¿no es encontrar las tinieblas en el seno mismo de la luz, y descarriarse por la vista de la virtud que debia conducir al redil? Jesucristo manda á los cristianos que hagan resplandecer sus buenas obras, como otras tantas lámparas ardientes, á cuyo beneficio se puede caminar por las sendas del Señor; pero el envidioso opone sus nubes á estos resplandores, convierte las lámparas en fósforos, y estas luces en tinieblas.

No se contenta con el veneno del basilisco, que le añade la crueldad del de la vívora; este es el nombre que todos los santos padres de la Iglesia dan al envidioso. ¿Y se podría representar bajo otro símbolo mas justo? Porque así como, segun la opinion mas común, la vívora roe las entrañas de su madre, así la envidia apenas es concebida y formada en el corazon, cuando ya le parte y despedaza, como en castigo de abrigar una produccion tan horrenda. Este es el carácter de todos los pecados, dice San Agustin: ser los verdugos y el suplicio de los mismos que los cometen; porque la venganza de Dios no se maneja como la venganza de los hombres. Estos castigan un mal con otro mal; un robo, ó un homicidio, con la muerte del que lo cometió; pero Dios castiga el pecado por el pecado mismo; ha-

ce de la concupiscencia el suplicio de un sensual, y de la ambicion el tormento del que á ella se abandona. Esto que dice San Agustin de todos los pecados en general, dicen de la envidia en particular todos los doctores de la Iglesia. Ella es el instrumento de la venganza de Dios contra sí misma, y da al corazon que la cobija tantas puñaladas, como bienes y prosperidades le hace ver en los otros.

¿No podia yo decir, cristianos, que ser envidioso es lo mismo que revestirse de la naturaleza de las bestias? tienen su rabia, su veneno, sus miradas, su crueldad. La envidia destierra la caridad cristiana del corazon humano, la dulzura y afabilidad de sus ojos, el reposo y la tranquilidad de su conciencia. ¿No es esto despojarse de la imágen de Dios, y renunciar al mismo tiempo la figura y la razon de hombre, por seguir los movimientos de una pasion que embrutece? Desterradla de vuestro corazon, oyentes, que entre los corderos inocentes que deben formar el rebaño de Jesucristo, no se vean lobos rabiosos que le devoren. Que entre los cristianos que deben tener todos ojos de paloma, no se teman los encuentros de ojos de basilisco. Que entre los hijos de la vida no se oiga hablar jamás de estos homicidas espirituales, que solo respiran la pérdida y la muerte de los otros. Y por decirlo de una vez, que entre los hijos de Dios, no se vean demonios encarnados. Esta es la última pincelada que San Juan Crisóstomo da á la envidia. Ella muda á los hijos de Dios en demonios, concluye luego.



TERCERA PARTE.

La malicia de los demonios está acompañada de tres circunstancias terribles: ella es infructuosa: ella es ilimitada: ella es irremediable. Es infructuosa, porque todo el mal que hacen á los otros y que sufren ellos mismos, de nada les sirve. Es ilimitada, no solamente porque su duracion será eterna, sino porque ataca todo cuanto tiene el hombre de mas seguro sobre la tierra. Es irremediable, porque los demonios están confirmados en el mal sin esperanza de convertirse: observad esto mismo en los envidiosos.

Mas horrenda es su malicia; porque aunque se unan á todos los pecados, no produce fruto ventajoso. Aunque San Pablo haya tenido motivo de pedir á los humanos que le hiciesen ver el provecho que ellos habian sacado de sus vicios, es preciso confesar, que entre todos el mas estéril é ingrato es la envidia; y por eso la llamó San Basilio la mas necia de todas las miserias. Porque en fin, el impúdico recibe al menos algun placer aunque pasajero por fruto de su vergonzosa pasion: el sensual es deleitado por los platos delicados que lisonjean su gusto: el vengativo tiene la alegría aunque vana de hacer sufrir alguna cosa á su enemigo: el avaro juntando sobre su cabeza el tesoro de la cólera de Dios, tiene por lo menos el consuelo de acumular las riquezas que él ama, y vivir cómodamente en este mundo; pero el envidioso es un árbol muerto, que no da á su dueño placer ni fruto. Porque

¿qué placer es huir las sociedades honestas como un salvaje, no buscar sino las tinieblas y el retiro como un prófugo, hacer á su corazon presa de un buitre inhumano que le despedaza sin consumirle, vivir en una negra melancolía, mientras que todo el mundo está feliz y contento?

Es verdad que el envidioso tiene algunos momentos de alegría; pero ¡ó tristísimo placer, que no puede fundarse sino sobre el dolor de otro! ¿no es haber tomado el espíritu y las costumbres de los demonios, regocijarse como ellos en la desgracia de los hombres? ¿no hallar provecho sino en las pérdidas ajenas? Pero si la malicia del envidioso es infructuosa, ella no es menos extensa.

Para dar algunos límites á esta pasion, hagamos ver que ella no tiene ningunos. Abrasa en todos tiempos, se extiende á todos los lugares, ataca á todas las personas. Mientras ella reina en un corazon, dice San Cipriano, le raja y descuartiza noche y dia: no permite descanso á su esclavo: si quiere dormir, la envidia le despierta; si camina, le sigue; si quiere orar, le detiene; en una palabra, añade este Padre, todos los otros males tienen sus términos, no hay pecado que no pase con la accion con que se comete, solamente la envidia es inmutable. Se cometió un asesinato, el homicida no dura mas; se hizo un robo, el ladrón descansa ó huye; pero la envidia no acaba: es un pecado permanente que el tiempo fortalece, y se perpetúa como el de los demonios.

Este pecado se extiende á todos los lugares; es una peste que todo lo arrasa é inficiona. En el siglo y en el claustro, en las plazas y en la

Iglesia, en todo anda la envidia: se esconde bajo el sayal, lo mismo que bajo la toga; al secular y al eclesiástico, al mundano y al devoto, al militar y á la beata, á todos llega la envidia, en todos hace estragos: porque ella no es otra cosa, segun San Agustin, que un desagrado secreto de la felicidad de otros, causado por el orgullo y por el amor natural de nuestra propia excelencia. El que quiere sobresalir sobre los otros; no envidia en sus iguales el mérito que les eleva al mismo rango que á él? En sus inferiores el espíritu ó el saber hacen que les saque insensiblemente debajo de sus pies. En sus superiores, las riquezas, el mérito ó el favor que les coloca sobre su cabeza. Por consiguiente; ¿hay alguna clase en el mundo que pueda lisonjearse de estar á cubierto contra los tiros del envidioso, lo mismo que de los demonios?

¿Y qué será de vosotros, envidiosos, si vuestra malicia es irremediable, lo mismo que la de los espíritus malignos? Pues este es el sentimiento unánime de los padres de la Iglesia. Aflijirse en su corazón de la prosperidad de una persona, y aborrecerla por este motivo, es un mal irremediable, dice San Cipriano; un mal que no se puede remediar sino con la ruina é infortunio de todos los hombres, que no dependen de nosotros. ¿Quién podrá socorrer á un hombre, que él mismo se hace su verdugo? dice San Próspero; ¿se encontrará un antídoto que salve á aquel, que usando mal del bien que ve en los otros, hace del instrumento de su salud el instrumento y la causa de su pérdida? El Cri-

sóstomo dice lo mismo. ¿Y sabéis lo que hace incurable este mal? es que está oculto. Cuando las llagas son visibles, hay esperanza de curarlas; pero las de la envidia están cubiertas, se solapan, se ocultan entre los pliegues inaccesibles del corazón; la rectitud del director no las puede sondear, y la negligencia del penitente no piensa en descubrirlas: veo por esto el mal irremediable.

¡Ah! víctimas infortunadas de la envidia, ¿cuán lamentable es vuestra suerte! ¿cuántos motivos teneis de avergonzaros de vosotros mismos! Decir que vuestro mal es infructuoso, esto debe afligiros; decir que es ilimitado, debe admiraros; pero decir que es irremediable, ¿no hay para desesperarse? Y no podreis exclamar con el Apóstol en ocasion semejante, ¿quién podrá salvarse, si un mal tan comun está sin remedio? Porque ¿quién entre todos los cristianos se atreverá á decir que su corazón está sin envidia, si se sondean bien sus sentimientos?

Mas valor, envidiosos, yo no intento haceros caer en la desesperacion; lo que le es imposible á la naturaleza, no lo es á la gracia: la religion viene en auxilio de la moral, y lo que no podemos como hombres, lo podemos como ministros de Jesucristo; pero para curar la envidia secreta que os agita, pensad en la indignidad de un vicio nacido en el infierno, que es su morada, sobre su origen. El demonio es su padre; los chismes, las injurias, las murmuraciones, el dolor, la cólera implacable de Dios, son las producciones y los efectos. Las almas bajas y los corazones desqui-

ciados son su víctima; y si este retrato no basta aun para destruir esta injusta pasión, id á su raíz, y sabed de San Agustín, que ella no tiene otra que la presunción de vosotros mismos. Sufocad la madre, para hacer morir la hija; dice este gran Doctor. Haya menos deseos de sobresalir y de distinguirse por la pompa de los vestidos, y se verá sin envidia el lujo de esas almas vanas, de esas víctimas infortunadas, que rien y retozan cuando van al matadero, y que tienen menos admiradores en su magnificencia, que censuras de sus aires bizarros, y de su necia afectación. Adhierase cada uno á la dulce mediocridad de su fortuna, y la elevación del otro no le causará suspiros; hagase todo sin vanidad, y todo se hará sin envidia.

Después de estos remedios y de estos avisos que Jesucristo os dá por mi boca á los envidiosos, ¿habrá sido mi sermón un concierto dado á un sordo? Si fuese así, levantemos todos la voz y gritemos contra ellos. Digámosles con San Judas: *Vae illis! quia in via Cain abierunt*; infelices retoños de Caín, ay de vosotros perdidos cainistas, que andais el camino de vuestro padre; infelices vosotros, mercaderes, que no veis sino con sentimiento los progresos y buena fortuna de vuestros vecinos; infelices potentados, que llorais la elevación de vuestros rivales como vuestra propia ruina; infelices hipócritas, que llevais con tanta pena que otros parezcan mas santos que vosotros. Pero ¡Dios mio! detened estos infortunios; desterrad estos bajos sentimientos de mis oyentes; estableced en sus corazones la

caridad, para que después de haberós servido sin envidia sobre la tierra, os posean lo mismo en el cielo. Amen.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

IDEA. LA PASION DE CRISTO RENOVADA EN TODAS SUS CIRCUNSTANCIAS POR LA COMUNION INDIGNA.

Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam (Matth. 21. v. 5).

Los oráculos de los Profetas, las apariciones del Señor á los Patriarcas, los signos y figuras de la ley, anunciaban mucho tiempo antes á la infiel Jerusalem, que su Salvador y su Rey no habia de tardar mucho en manifestarse á su vista. El mismo Precursor, aquel ángel del desierto, se habia ya dejado ver en las riberas del Jordán, para disponerle los caminos y decir á su pueblo: vedle aquí: y Jerusalem no tenia excusa, si no le recibia como á su Rey y Señor. Con todo eso, esta venida tan deseada de los justos, y tan esperada por tantos siglos, en vez de hacer renacer la alegría en aquella ingrata Ciudad, la pone en una universal conmoción. Toda ella se conmueve al entrar hoy triunfante el Hijo de Dios. Los sacerdotes y fariseos, testigos de algunas aclamaciones de las almas fieles, se turban interiormente; les parece que es un tirano que